

Nuestros grandes olvidados

Por Luis Merino Reyes

RUBEN AZOCAR

Rubén Azócar fue un escritor nacional de valía, un poco olvidado en los modernos días, autor de una novela de la cual no se puede prescindir en el estudio de la prosa chilena: *Gente en la Isla*; habitante en sus últimos días de una casona con fisonomía parroquial, con huerta mastines y jaulas de pájaros, ubicada en los que fueron antiguos latifundios santiaguinos. Si íbamos por una calle de Santiago, nos encontrábamos de improviso con el novelista Rubén Azócar que podía saludarnos con una sonrisa apenas esbozada o con terquedad, según fuera la impresión que tenía de nuestra conducta. El podía acudir a una librería a comprar sobres a fin de enviar saludos fraternales a los más famosos escritores de América, con quienes mantenía correspondencia; pero Azócar era escritor sencillo, de una modestia que encauzaba con el carácter chileno clásico, una modestia en la cual no había nada de ese histrionismo, de esa humildad teatral que se delata cuando alguien eminente se nos aproxima con brusca llaneza y en seguida se hace eco de nuestro asombro por esta virtud.

Hijo entre muchos hijos de un maestro de Concepción que no pudo o no quiso enseñar las primeras letras a otro escritor sorprendente, Juan Sánchez Guerrero, porque de niño ostentaba una verruga en la cara, Azócar se educó en el Seminario de la capital del sur. Algunos de sus compañeros de la misma edad de Azócar, con quienes él se tuteaba y jugaba fútbol en la mocedad, llegaron a ser obispos, pero Rubén era un luchador de Izquierda y aunque parecía ser en el fondo un cristiano integral, militaba entre los fieles devotos del marxismo. Pero lo que más nos interesa señalar es

que Rubén no era un literato en el sentido temible que nosotros damos a esa palabra. Su escritorio se encontraba tan desordenado como la buhardilla de un vagabundo y un visitante observador que no supiera cuánto representaba en nuestra literatura Rubén Azócar, habría pensado que el dueño de ese escritorio donde nadie, al parecer, escribía, era alguien muy importante, al mirar su efigie pintada por Ortiz de Zárate y otros vigorosos pintores nacionales. Un problema que se presentaba a los fieles amigos de Azócar y a los carteros que le llevaban correspondencia de diversas partes del mundo, eran sus mastines. Los perros de Azócar, finos, esbeltos, pastores de raza alemana, tenían unas fauces feroces de cancerberos de castillo y no era fácil infundirles confianza.

La personalidad de Rubén Azócar se agrandaba en el extranjero, como si se liberara de cierto refinamiento insular que aquí, entre nosotros, ocultaba su sagacidad, su desbordada bondad interior. Recuerdo que cuando viajamos a Mendoza, allá por el año 1958, a un Congreso de Escritores Argentinos, Azócar llevaba entre sus bártulos una garrafa con agua oxigenada, según decía él muy en secreto, que no era otra cosa que aguardiente, del mejor producido en Chile, allá por las bellas tierras del Norte Verde. Pero aquella garrafa de aguardiente, oxigenada por los aires limpios de la cordillera, habría de ser bebida en un grupo fraternal de escritores chilenos, argentinos, uruguayos. En otro caso, la libación habría carecido de significado, estaría desprovista de ese hálito generoso de fraternidad tan imperativo en muchos asuntos nacionales. Rubén Azócar se encargó de hacer correr la voz de la invitación muy en secreto y en la noche se había congregado un grupo no muy vas-

to —en ciertos casos la excesiva abundancia es dañina— en uno de los más gratos rincones del hotel donde nos alojábamos. Recuerdo con nitidez el rostro grande, como de ídolo azteca, de Miguel Angel Asturias, los ojos miopes de Marta Brunet, encima de su sonrisa y de la dulzura de su voz, la risa contenida y sagaz de Volodia Teitelboim cuando Azócar cerró la puerta de nuestra sala, temeroso tal vez de que apareciera alguna comisión de alcoholes, de aquellas que sólo abundan en los barrios santiaguinos.

Rubén Azócar nació en Arauco el 25 de marzo de 1901. Concluidos sus cursos secundarios, hizo estudios especializados de gramática castellana, historia de la literatura española y en particular, de la literatura chilena. Fue también alumno de la Facultad de Derecho, pero no llegó a graduarse. Completó el curso de pedagogía, recibiendo de profesor del Estado en la asignatura de castellano (gramática y literatura). Su única novela, *Gente en la Isla*, la escribió cuando enseñaba en un liceo de Chiloé. Esta obra le valió el Premio Municipal de Novela, correspondiente al año 1939. El poeta Pablo Neruda ha expresado que *Gente en la Isla* es una de las mejores novelas que se han escrito en Chile, juicio exagerado, pero que saca al autor de la penumbra, según Alone. Raúl Silva Castro explica que *Gente en la Isla* “está dedicada a narrar la vida humilde de Chiloé, con grande y prolijo estudio de las costumbres locales y en estilo atractivo. Es cierto que a los chilotes no les ha gustado —agrega el crítico—, tal vez por la franqueza con que el autor cuenta lo que vio en aquella tierra, pero en todo caso es novela bien observada y escrita con brío y despejo singulares...”.

En *Gente en la Isla* están vistos los chilotes por un escritor que fue maestro entre sus islas y que se les parecía físicamente y hasta en su idiosincrasia, a pesar de no haber nacido en Chiloé. El anhelo de cambio, propio de los isleños, el amor al mar que les trae y puede llevarlos a la aventura soñada. Todo escrito en una prosa sencilla, como si se hablara en voz baja, junto a una mesa, en el corredor de una vieja casona.

Rubén Azócar falleció el 9 de abril de 1964, a las 17,40 horas en la Clínica Boston de Santiago, enfermo de un cáncer

pulmonar. La noche antes de morir, su imaginación fabuladora le permitió ver a la muerte que venía a buscarlo, junto a su cama. 36

VICTORIANO VICARIO

Vicario era un poeta rítmico y fluido, un poeta natural y ligero, como la armonía sedante de las aguas. En el Medievo habría sido un juglar de voz poética impostada, que habría deleitado el oído de los señores; pero le tocaron tiempos duros, una época en que hasta la misma bohemia antigua se extingue acorralada por un batallar angustioso, medido y sin derreche.

Victoriano Vicario publicó sólo dos libros, *El lamparero alucinado*, en 1936, fecha que señala el nacimiento de la generación de 1938 y *Fábula de Prometeo*, en 1942. En la vida cotidiana, Vicario laboró como mecánico de máquinas de escribir en la Compañía Chilena de Electricidad y acaso nadie lo vio en peñas literarias ni en aglomeraciones gremiales. De improviso, cuando menos lo esperábamos, desde algún rincón bullicioso, desde las libaciones de un vino fraternal, salió una mano que nos golpeó el hombro y se estrechó con la nuestra y unos ojos brillantes, oscuros, que sonreían bajo una frente pálida, puerta misteriosa de su tesoro. Era el poeta Victoriano Vicario.

En medio de su opaca tarea, ajustando máquinas que también sirven para copiar poemas, cantó un día con acento de gran lírico:

“Yo pienso en tí, yo pienso en tí, ¿qué hora / de soledad me cubre de mareas? / ¿Qué soledad, qué hora, qué soledad, pregunto, / me ha llenado de otoño los ojos y las venas? / Tú eres mi sombra; tú, mi sombra iluminada, / presente aquí, presente y sin consuelo. / Canta en la lejanía tu voz, y una sonata / de sonoras marimbas me sube por el pelo”.

La totalidad de este poema se intitula “Canto profundo para Angeles Abienzo”.

Es todo lo que resta de un poeta: el canto como la imagen del vuelo fugaz, si vemos un pájaro inmóvil, caído sobre la arena mojada, agredido por el frío y gris oleaje.

L. M. R.